

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

23 de junio de 2024

Dios entra en el mundo
con un versículo de un
salmo en el corazón



Los cómicos, los poderosos y la sonrisa de Dios

ANDREA MONDA

El viernes 14 de junio, si hubiera que indicar un “tema” para la jornada que pasó el Papa Francisco, se podría decir que fue el día del poder. Y el pensamiento se dirige inmediatamente al G7, al encuentro que el Papa tuvo a última hora de la mañana con “los poderosos” de la Tierra en Borgo Egnazia después de que por la mañana temprano se reuniera en el Vaticano con unos doscientos cómicos. Pero tal vez valga la pena detenerse en esta reunión, la de la mañana temprano, celebrada con los cómicos, porque también ellos son “poderosos”, al igual que los políticos, en algunos aspectos incluso más.

Un genio del cine como Federico Fellini, director como se sabe muy querido por el Papa Francisco, en una de las últimas entrevistas dijo que sentía una gran atracción por los actores cómicos, a los que consideraba benefactores de la humanidad: “Hacer reír a la gente siempre me ha parecido la más privilegiada de las vocaciones, un poco como la de los santos”. Y precisamente al inicio de su discurso el Papa reconoció el gran “poder” de esta a menudo subestimada categoría de la sociedad: “En medio de tantas noticias sombrías, inmersos como estamos en tantas emergencias sociales e incluso personales, tenéis el poder de difundir la serenidad y la sonrisa”. Un poder que no es poca cosa, porque gracias a su talento, “don precioso”, lo definió Bergoglio, los cómicos logran unir a la gente, “porque la risa es contagiosa. Es más fácil reír juntos que solos: la alegría abre al compartir y es el mejor antídoto contra el egoísmo y el individualismo. La risa también ayuda a romper las barreras sociales, a crear conexiones entre las personas. Nos permite expresar emociones y pensamientos, contribuyendo a construir una

cultura compartida y a crear espacios de libertad”. Cabe preguntarse si esta no es (también) la tarea de los políticos: romper las barreras sociales y crear espacios de libertad. No es casualidad que la figura, ampliamente citada en el encuentro con los cómicos, Tomás Moro con su Oración del Buen Humor (que el Papa quiso que fuera leída por Luciana Littizzetto al final de la audiencia), sea también el campeón de la libertad de



conciencia y el patrono de los políticos, creando así un puente perfecto entre los dos eventos, que parezca casi una advertencia a los poderosos reunidos en el G7 como diciendo: ¡recuerden reírse de vez en cuando y, sobre todo, reírse de sí mismos!

El poder de hacer reír es un gran poder, que pone en crisis a todos los demás poderes, porque como ha recordado el Papa, los cómicos logran un milagro: “Hacer sonreír también tratando problemas, hechos pequeños y grandes de la historia. Denuncien los excesos del poder; den voz a situaciones olvidadas; evidencien abusos; señalen comportamientos inadecuados... Pero sin esparcir alarma o terror, ansiedad o miedo, como hace mucha comunicación; ustedes despiertan el sentido crítico haciendo

reír y sonreír. Lo hacen contando historias de vida, contando la realidad, según su punto de vista original; y de esta manera hablan a la gente de problemas pequeños y grandes”. Y también aquí el pensamiento vuela a la política que hoy parece muy distante de la gente y de sus problemas.

Cuando Tomás Moro en 1500 denunció los excesos del poder, hasta pagarlos en persona con su martirio, escribió en esa oración el

exacto “antídoto contra el individualismo”: “... Y no permitas que me moleste excesivamente por esa cosa tan engorrosa que se llama ‘yoo’. El santo canciller (hoy se diría primer ministro) profetizó contra el mal de siempre y que hoy más que nunca domina la sociedad occidental contemporánea; fue un gran humanista y un refinado humorista, las dos cosas de hecho se mantienen: humanista y humorista tienen su raíz en “humus”, la tierra fértil, de la que deriva la palabra “humildad”, es decir, reconocer las propias fragilidades, contradicciones, debilidades, porque el hombre mira y anhela las estrellas, pero está hecho de barro. Es por eso que el humor sano, que nace de esta humildad, está conectado con la misericordia: el verdadero humorista se ríe y ha-

ce reír, pero nunca se ríe. El Papa lo ha dicho con palabras fuertes y claras: “El humor no ofende, no humilla, no clava a las personas en sus defectos. Mientras que hoy la comunicación a menudo genera contraposiciones, vosotros sabéis unir realidades diferentes y a veces incluso contrarias. ¡Cuánto necesitamos aprender de vosotros! La risa del humor nunca es ‘contra’ alguien, sino que siempre es inclusiva, proactiva, suscita apertura, simpatía, empatía”. También aquí la política, a menudo reducida a “estar en contra”, tendría mucho que aprender. El poderoso si acepta la lección del humor, deja de ser “prepotente” y depone sus armas, a menudo abrazadas por una defensa que inmediatamente se convierte en ofensa, agresividad.

Y como los poderosos de la política, los cristianos también podrían aprender mucho de los cómicos. El teólogo Elmar Salmann, monje benedictino alemán, en el ensayo Presencia del Espíritu, nos recuerda que el buen humor salva a los creyentes del riesgo de que la idea de la fe pueda degradarse en ideología, permitiéndoles “ser veraces sin fanatismo, dedicados al bien sin moralismo, inclinados a la belleza sin ser estetas”. El humor, según Salmann, se manifiesta como “un pequeño sacramento de la gracia, un resquicio para el futuro de Dios en medio de los hombres”.

En el pasaje más intenso de su discurso, el Papa dijo que vosotros, los cómicos, “cuando lográis hacer brotar sonrisas inteligentes de los labios incluso de un solo espectador, hacéis sonreír también a Dios”. Y Dios también Él siempre sonríe y nunca se burla, y se ríe abrazando, invitando a los hombres a entrar en su alegría como dice varias veces en los Evangelios, porque es un Deus Ludens, juguetón, y esto permite al homo sapiens ser también homo ludens en este prelude que es la vida te-

renal. Quizás entonces los poderosos deberían calcular, pensar menos y sonreír más, también porque como dice un viejo dicho judío: “El hombre piensa, Dios ríe”. El humor como “apertura para el futuro de Dios”. Finalmente, el humor tiene que ver no solo con la misericordia sino también con la esperanza. Al cerrar el encuentro con los cómicos, el Papa en un fuera de programa invocó a Dios para que «os acompañe en esta vocación tan bella de hacer reír a los cómicos. Es más fácil ser trágico que cómico, es más fácil. Gracias por hacer reír y también gracias por reír desde el corazón.

Estas palabras captan una verdad profunda, que una vez más también se aplica a la política: el camino del mal, hacer llorar, es más fácil hacer reír, así como la desesperación es más fácil que la esperanza. Pero precisamente por esto vale la pena emprender el camino de la esperanza, “armándose” con el poder del buen humor, el poder más fuerte precisamente porque está desarmado.

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non procelebunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va

Inteligencia artificial y factor humano

En 1983, un hombre salvó al mundo de una guerra nuclear que podría haberse desencadenado a causa del error de una máquina

ANDREA TORNIELLI

“Los sistemas de armas autónomos nunca podrán ser sujetos moralmente responsables: la exclusiva capacidad humana de juicio moral y de decisión ética es más que un complejo conjunto de algoritmos, y esta capacidad no puede reducirse a la programación de

inteligencia artificial aplicada a la guerra, a las armas, a los instrumentos de muerte. Y es la historia del oficial soviético cuya decisión, contraviniendo los protocolos, salvó al mundo de un conflicto nuclear que habría tenido consecuencias catastróficas.

Aquel hombre se llamaba Stanislav Evgrafovich Petrov, era teniente coronel del ejército ruso y el 26 de septiembre de 1983 estaba de guardia nocturna en el búnker “Serpukhov 15” vigilando la actividad

calada sin precedentes” de la crisis, y el 1º de septiembre los soviéticos habían derribado un avión de la compañía Korean Air Lines sobre la península de Kamchatka, provocando 269 víctimas.

Aquella noche del 26 de septiembre, Petrov vio que el ordenador Krokus, el cerebro considerado infalible en la vigilancia de la actividad enemiga, había informado desde una base en Montana de la salida de un misil que se dirigía a la Unión Soviética. El proto-

tes que aparecieron en sus monitores poco después, preguntándose por qué no había confirmación del radar de tierra. Sabía perfectamente que los misiles intercontinentales tardaban menos de media hora en llegar a su destino, pero decidió no dar la alarma, dejando petrificados a los demás militares presentes.

En realidad, el cerebro electrónico se había equivocado; no había habido ataque con misiles. Krokus se había dejado engañar por un fenómeno

do en septiembre del 2017, comentaba así aquella noche en el búnker “Serpukhov 15”: “¿Qué hice? Nada especial, sólo mi trabajo. Era el hombre adecuado en el lugar adecuado en el momento adecuado”.

Había sido el hombre capaz de evaluar el posible error de la máquina considerada infalible, el hombre capaz - volviendo a las palabras del Papa - “de juicio moral y de decisión ética”, porque una máquina, por muy “inteligente” que sea, no deja de ser una máquina.



una máquina que, por muy ‘inteligente’ que sea, sigue siendo una máquina. Por esta razón, es imperativo garantizar una supervisión humana adecuada, significativa y coherente de los sistemas de armamento”. Lo escribió el Papa Francisco en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2024.

Hay un episodio, ocurrido hace cuarenta años, que debería convertirse en un paradigma cada vez que hablamos de

de los misiles estadounidenses. La Guerra Fría se encontraba en un momento crucial, el presidente estadounidense Ronald Reagan invertía enormes sumas en armamento y acababa de calificar a la URSS de “imperio del mal”, mientras la OTAN realizaba maniobras militares recreando escenarios de guerra nuclear.

En el Kremlin se sentaba Jurij Andropov, que desde hacía había hablado de una “es-

colo exigía al oficial alertar inmediatamente a sus superiores, que darían el visto bueno a una respuesta mediante el lanzamiento de misiles hacia Estados Unidos.

Pero Petrov se tomó su tiempo, entre otras cosas porque - se le había dicho - un eventual ataque habría sido masivo. Por lo tanto, consideró que aquel misil solitario era una falsa alarma. E hizo lo mismo con los cuatro siguien-

de refracción de la luz solar en contacto con las nubes a gran altura. En resumen, la inteligencia humana había visto más allá que la de la máquina. La providencial decisión de no decidir había sido tomada por un hombre cuyo juicio había sido capaz de ver más allá de los datos y los protocolos.

La catástrofe nuclear se evitó, aunque nadie lo supo entonces hasta principios de la década de 1990. Petrov, falleci-

La guerra, repite Francisco, es una locura, una derrota de la humanidad. La guerra es una grave violación de la dignidad humana. Hacer la guerra escondiéndose detrás de algoritmos, confiando en la inteligencia artificial para determinar los objetivos y cómo golpearlos, y así limpiar la propia conciencia porque al final eligió la máquina, es aún más grave. No olvidemos a Stanislav Evgrafovich Petrov.

El Papa Francisco en el G7

Inteligencia artificial entre la libertad y la resp

“Hablar de tecnología es hablar de lo que significa ser humanos y, por tanto, de nuestra condición única entre libertad y responsabilidad; es decir, significa hablar de ética”. Relanzando el hashtag #LA #G7, el Papa resumió así en @Pontifex el sentido de su discurso sobre el tema de la inteligencia artificial en la Cumbre de los siete países más industrializados, que se clausura clausuró el 15 de junio en Borgo Egnazia, en Apulia, Italia. El post de la cuenta pontificia en X apareció hacia las ocho de la tarde del viernes 14 de junio, cuando la visita del Papa Francisco a la localidad de Brindisi elegida por el Gobierno italiano para acoger a los “grandes de la Tierra” tocaba a su fin. Tras algunas conversaciones privadas por la mañana y la participación en la sesión conjunta a última hora de la tarde el Obispo de Roma reanudó su serie de encuentros bilaterales: primero con el Presidente de Kenia, William Samoei Ruto, después con el Presidente de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, y por último con el Presidente de Estados Unidos, Joseph Biden. Con el primer ministro indio, Narendra Modi, y con el presidente turco, Recep Tayyip Erdoğan, según informó la Oficina de Prensa de la Santa Sede, el encuentro y la conversación tuvieron lugar al margen de la sesión de la tarde. Finalmente, tras un saludo privado con la presidenta del Consejo de Ministros de la República Italiana, Giorgia Meloni, hacia las 20.45 horas, Francisco subió al helicóptero que despegó del campo deportivo de Borgo Egnazia rumbo al Vaticano. Publicamos, a continuación, la intervención del Pontífice.

Un instrumento fascinante y tremendo

Estimadas señoras, distinguidos señores: Me dirijo hoy a ustedes, líderes del Foro Intergubernamental del G7, con una reflexión sobre los efectos de la inteligencia artificial en el futuro de la humanidad.

«La Sagrada Escritura atestigua que Dios ha dado a los hombres su Espíritu para que tengan “habilidad, talento y experiencia en la ejecución de toda clase de trabajos” (Ex 35,31)» [1]. La ciencia y la tecnología son, por lo tanto, producto extraordinario del potencial creativo que poseemos los seres humanos [2].

Ahora bien, la inteligencia artificial se origina precisamente a partir del uso de este poten-

cial creativo que Dios nos ha dado.

Dicha inteligencia artificial, como sabemos, es un instrumento extremadamente poderoso, que se emplea en numerosas áreas de la actividad humana: de la medicina al mundo laboral, de la cultura al ámbito de la comunicación, de la educación a la política. Y es lícito suponer, entonces, que su uso influirá cada vez más en nuestro modo de vivir, en nuestras relaciones sociales y en el futuro, incluso en la manera en que concebimos nuestra identidad como seres humanos [3].

El tema de la inteligencia artificial, sin embargo, a menudo es percibido de modo ambivalente: por una parte, entusiasmo por las posibilidades que ofrece; por otra, provoca temor ante las consecuencias que podrían llegar a producirse. A este respecto podríamos decir que todos nosotros, aunque en diferente medida, estamos atravesados por dos emociones: somos entusiastas cuando imaginamos los progresos que se pueden derivar de la inteligencia artificial, pero, al mismo tiempo, nos da miedo cuando constatamos los peligros inherentes a su uso [4].

No podemos dudar, ciertamente, de que la llegada de la inteligencia artificial representa una auténtica revolución cognitiva-industrial, que contribuirá a la creación de un nuevo sistema social caracterizado por complejas transformaciones de época. Por ejemplo, la inteligencia artificial podría permitir una democratización del acceso al saber, el progreso exponencial de la investigación científica, la posibilidad de delegar a las máquinas los trabajos desgastantes; pero, al mismo tiempo, podría traer consigo una mayor inequidad entre naciones avanzadas y naciones en vías de desarrollo, entre clases sociales dominantes y clases sociales oprimidas, poniendo así en peligro la posibilidad de una “cultura del encuentro” y favoreciendo una “cultura del descarte”.

La magnitud de estas complejas transformaciones está vinculada obviamente al rápido desarrollo tecnológico de la misma inteligencia artificial.

Es precisamente este poderoso avance tecno-

lógico el que hace de la inteligencia artificial un instrumento fascinante y tremendo al mismo tiempo, y exige una reflexión a la altura de la situación.

En esa dirección tal vez se podría partir de la constatación de que la inteligencia artificial es sobre todo un instrumento. Y resulta espontáneo afirmar que los beneficios o los daños que esta conlleva dependerán de su uso.

Esto es cierto, porque ha sido así con cada herramienta construida por el ser humano desde el principio de los tiempos.

Nuestra capacidad de construir herramientas, en una cantidad y complejidad que no tiene igual entre los seres vivos, nos habla de una condición tecno-humana. El ser humano siempre ha mantenido una relación con el ambiente mediada por los instrumentos que iba produciendo. No es posible separar la historia del hombre y de la civilización de la historia de esos instrumentos. Algunos han querido leer en todo eso una especie de privación, un déficit del ser humano, como si, a causa de esa carencia, estuviera obligado a dar vida a la tecnología [5]. Una mirada atenta y objetiva en realidad nos muestra lo contrario. Vivimos una condición de ulterioridad respecto a nuestro ser biológico; somos seres inclinados hacia el fuera-de-nosotros, es más, radicalmente abiertos al más allá. De aquí se origina nuestra apertura a los otros y a Dios; de aquí nace el potencial creativo de nuestra inteligencia en términos de cultura y de belleza; de aquí, por último, se origina nuestra capacidad técnica. La tecnología es así una huella de nuestra ulterioridad.

Sin embargo, el uso de nuestras herramientas no siempre está dirigido unívocamente al bien. Aun cuando el ser humano siente dentro de sí una vocación al más allá y al conocimiento vivido como instrumento de bien al servicio de los hermanos y hermanas, y de la casa común (cf. *Gaudium et spes*, 16), esto no siempre sucede. Es más, no pocas veces, precisamente gracias a su libertad radical, la humanidad ha pervertido los fines de su propio ser, transformándose en enemiga de sí misma y del planeta [6]. La misma suerte pueden co-

rrer los instrumentos tecnológicos. Solamente si se garantiza su vocación al servicio de lo humano, los instrumentos tecnológicos revelarán no sólo la grandeza y la dignidad única del ser humano, sino también el mandato que este último ha recibido de “cultivar y cuidar” el planeta y todos sus habitantes (cf. *Gn* 2,15). Hablar de tecnología es hablar de lo que significa ser humanos y, por tanto, de nuestra condición única entre libertad y responsabilidad, es decir, significa hablar de ética.

De hecho, cuando nuestros antepasados afilaron piedras de sílex para hacer cuchillos, los usaron tanto para cortar pieles para vestirse como para eliminarse entre sí. Lo mismo podría decirse de otras tecnologías mucho más avanzadas, como la energía producida por la fusión de los átomos, como ocurre en el Sol, que podría utilizarse para producir energía limpia y renovable, pero también para reducir nuestro planeta a cenizas.

Pero la inteligencia artificial es una herramienta aún más compleja. Yo diría que es una herramienta *sui generis*. Así, mientras que el uso de una herramienta simple –como un cuchillo– está bajo el control del ser humano que lo utiliza y su buen uso depende sólo de él, la inteligencia artificial, en cambio, puede adaptarse de forma autónoma a la tarea que se le asigne y, si se diseña de esa manera, podría tomar decisiones independientemente del ser humano para alcanzar el objetivo fijado [7].

Conviene recordar siempre que la máquina puede, en algunas formas y con estos nuevos medios, elegir por medio de algoritmos. Lo que hace la máquina es una elección técnica entre varias posibilidades y se basa en criterios bien definidos o en inferencias estadísticas. El ser humano, en cambio, no sólo elige, sino que en su corazón es capaz de decidir. La decisión es un elemento que podríamos definir el más estratégico de una elección y requiere una evaluación práctica. A veces, frecuentemente en la difícil tarea de gobernar, también estamos llamados a decidir con consecuencias para muchas personas. Desde siempre la reflexión humana habla a este pro-

onsabilidad



pósito de sabiduría, la phronesis de la filosofía griega y, al menos en parte, la sabiduría de la Sagrada Escritura. Frente a los prodigios de las máquinas, que parecen saber elegir de manera independiente, debemos tener bien claro que al ser humano le corresponde siempre la decisión, incluso con los tonos dramáticos y urgentes con que a veces ésta se presenta en nuestra vida. Condenaríamos a la humanidad a un futuro sin esperanza si quitáramos a las personas la capacidad de decidir por sí mismas y por sus vidas, condenándolas a depender de las elecciones de las máquinas. Necesitamos garantizar y proteger un espacio de control significativo del ser humano sobre el proceso de elección utilizado por los programas de inteligencia artificial. Está en juego la misma dignidad humana.

Precisamente sobre este tema, permítanme insistir en que, en un drama como el de los conflictos armados, es urgente replantearse el desarrollo y la utilización de dispositivos como las llamadas “armas autónomas letales” para prohibir su uso, empezando desde ya por un compromiso efectivo y concreto para introducir un control humano cada vez mayor y significativo. Ninguna máquina debería elegir jamás poner fin a la vida de un ser humano.

Hay que añadir, además, que el buen uso, al menos de las formas avanzadas de inteligencia artificial, no estará plenamente bajo el control ni de los usuarios ni de los programadores que definieron sus objetivos iniciales en el momento de elaborarlos. Y esto es tanto más cierto cuanto que es muy probable que, en un futuro no lejano, los programas de inteligencias artificiales puedan comunicarse directamente entre sí, para mejorar su rendimiento. Y, si en el pasado, los seres humanos que utilizaron herramientas simples vieron su existencia modelada por estos últimos —el cuchillo les permitió sobrevivir al frío pero también desarrollar el arte de la guerra—, ahora que los seres humanos han modelado un instrumento complejo, verán que este modelará aún más su existencia [8].

El mecanismo básico de la inteligencia artifi-

cial Permítanme ahora detenerme brevemente sobre la complejidad de la inteligencia artificial. Básicamente, la inteligencia artificial es una herramienta diseñada para resolver un problema y funciona mediante un encadenamiento lógico de operaciones algebraicas, realizado en base a categorías de datos, que se comparan para descubrir correlaciones y mejorar su valor estadístico mediante un proceso de autoaprendizaje basado en la búsqueda de datos adicionales y la automodificación de sus procedimientos de cálculo.

La inteligencia artificial está diseñada de este modo para resolver problemas específicos, pero para quienes la utilizan la tentación de obtener, a partir de las soluciones puntuales que propone, deducciones generales, incluso de orden antropológico, es a menudo irresistible.

Un buen ejemplo es el uso de programas diseñados para ayudar a los magistrados en las decisiones relativas a la concesión de prisión domiciliaria a presos que están cumpliendo una condena en una institución penitenciaria. En este caso, se pide a la inteligencia artificial que prevea la probabilidad de reincidencia del delito cometido por un condenado a partir de categorías prefijadas (tipo de delito, comportamiento en prisión, evaluación psicológica y otros) lo que permite a la inteligencia artificial tener acceso a categorías de datos relacionados con la vida privada de la persona detenida (origen étnico, nivel educativo, línea de crédito, etc.). El uso de tal metodología —que a veces corre el riesgo de delegar de facto en una máquina la última palabra sobre el destino de una persona— puede llevar implícitamente la referencia a los prejuicios inherentes a las categorías de datos utilizados por la inteligencia artificial.

El ser clasificado en un cierto grupo étnico o, más prosaicamente, el haber cometido hace

años una pequeña infracción —el no haber pagado, por ejemplo, una multa por aparcar en zona prohibida—, influirá, de hecho, en la decisión acerca de la concesión de la prisión domiciliaria. Por el contrario, el ser humano está siempre en evolución y es capaz de sorprender con sus acciones, algo que la máquina no puede tener en cuenta.

Hay que evidenciar también que aplicaciones análogas a ésta de la que estamos hablando se multiplicarán gracias al hecho de que los programas de inteligencia artificial estarán cada vez más dotados de la capacidad de interactuar directamente con los seres humanos (chatbots), sosteniendo conversaciones y estableciendo relaciones de cercanía con ellos, con frecuencia muy agradables y tranquilizadoras, en cuanto tales programas de inteligencia artificial están diseñados para aprender a responder, de forma personalizada, a las necesidades físicas y psicológicas de los seres humanos.

Olvidar que la inteligencia artificial no es otro ser humano y que no puede proponer principios generales, es a veces un gran error que parte de la profunda necesidad de los seres humanos de encontrar una forma estable de compañía, o bien de un presupuesto subconsciente, es decir, de la creencia de que las observaciones obtenidas mediante un mecanismo de cálculo estén dotadas de las cualidades de certeza indiscutible y de universalidad indudable.

Esta suposición es, sin embargo, descabellada, como demuestra el examen de los límites intrínsecos del cálculo mismo. La inteligencia artificial usa operaciones algebraicas que se realizan según una secuencia lógica (por ejemplo, si el valor de X es superior al de Y, multiplica X por Y; si no divide X por Y). Este método de cálculo —denominado algoritmo— no está dotado ni de objetividad ni de

neutralidad [9]. Al estar basado en el álgebra puede examinar sólo realidades formalizadas en términos numéricos [10].

No hay que olvidar, además, que los algoritmos diseñados para resolver problemas muy complejos son sofisticados de tal manera que hacen muy difícil a los propios programadores la comprensión exacta de cómo estos sean capaces de alcanzar sus resultados. Esta tendencia a la sofisticación corre el riesgo de acelerarse notablemente con la introducción de los ordenadores cuánticos que no operan con circuitos binarios (semiconductores o microchips), sino según las leyes, bastante articuladas, de la física cuántica. Por otra parte, la continua introducción de microchips cada vez más eficaces es la causa del predominio del uso de la inteligencia artificial por parte de las pocas naciones que disponen de ella.

La calidad de las respuestas que los programas de inteligencia artificial pueden dar, sean más o menos sofisticadas, depende en última instancia de los datos que manejan y de cómo estos los estructuran.

Finalmente, me gustaría señalar un último ámbito en el que emerge claramente la complejidad del mecanismo de la llamada inteligencia artificial generativa (*Generative Artificial Intelligence*). Nadie duda de que hoy en día están a disposición magníficos instrumentos de acceso al conocimiento que permiten incluso el autoaprendizaje (self-learning) y la autotutoría (self-tutoring) en una gran cantidad de campos. Muchos de nosotros nos hemos quedado sorprendidos por las aplicaciones fácilmente accesibles en línea para componer un texto o producir una imagen sobre cualquier tema o materia. Esto atrae de forma especial a los estudiantes que, cuando deben preparar los trabajos, hacen un uso desmedido.

Estos alumnos, que a menudo están mucho más preparados y acostumbrados al uso de la inteligencia artificial que sus profesores, olvidan, sin embargo, que la denominada inteligencia artificial generativa, en sentido estricto, no es propiamente “generativa”. En realidad, lo que esta hace es buscar información en los macrodatos (big data) y confeccionarla en el estilo que se le ha pedido. No desarrolla conceptos o análisis nuevos. Repite lo que en-

Inteligencia artificial entre la libertad y la responsabilidad

VIENE DE LA PÁGINA 5

cuentra, dándole una forma atractiva. Y cuanto más repetida encuentra una noción o una hipótesis, más la considera legítima y válida. Más que “generativa”, se la podría llamar “reforzadora”, en el sentido de que reordena los contenidos existentes, contribuyendo a consolidarlos, muchas veces sin controlar si tienen errores o prejuicios.

De este modo, no sólo se corre el riesgo de legitimar la difusión de noticias falsas y robustecer la ventaja de una cultura dominante, sino de minar también el proceso educativo en ciernes (*in nuce*).

La educación, que debería dar a los estudiantes la posibilidad de una reflexión auténtica, corre el riesgo de reducirse a una repetición de nociones, que se considerarán cada vez más incontestables, simplemente a causa de ser continuamente presentadas [11].

Poner de nuevo al centro la dignidad de la persona en vista de una propuesta ética compartida

A lo que ya hemos dicho se añade una observación más general. La época de innovación tecnológica que estamos atravesando, en efecto, se acompaña de una particular e inédita coyuntura social, en la que cada vez es más difícil encontrar puntos de encuentro sobre los grandes temas de la vida social. Incluso en comunidades caracterizadas por una cierta continuidad cultural, se crean con frecuencia encendidos debates y choques que hacen difícil llegar a acuerdos y soluciones políticas compartidas, orientadas a la búsqueda de lo que es bueno y justo. Además de la complejidad de las legítimas visiones que caracterizan a la familia humana, emerge un factor que parece acomunar estas distintas instancias. Se registra una pérdida o al menos un oscurecimiento del sentido de lo humano y una aparente insignificancia del concepto de dignidad humana [12]. Pareciera que se está perdiendo el

valor y el profundo significado de una de las categorías fundamentales de Occidente: la categoría de persona humana. Y es así que en esta época en la que los programas de inteligencia artificial cuestionan al ser humano y su actuar, precisamente la debilidad del ethos vinculada a la percepción del valor y de la dignidad de la persona humana corre el riesgo de ser el mayor daño (vulnus) en la implementación y el desarrollo de estos sistemas. No debemos olvidar que ninguna innovación es neutral. La tecnología nace con un propósito y, en su impacto en la sociedad humana, representa siempre una forma de orden en las relaciones sociales y una disposición de poder, que habilita a alguien a realizar determinadas acciones impidiéndoselo a otros. Esta dimensión de poder que es constitutiva de la tecnología incluye siempre, de una manera más o menos explícita, la visión del mundo de quien la ha realizado o desarrollado.

Esto vale también para los programas de inteligencia artificial. Con el fin de que estos instrumentos sean para la construcción del bien y de un futuro mejor, deben estar siempre ordenados al bien de todo ser humano. Deben contener una inspiración ética.

La decisión ética, de hecho, es aquella que tiene en cuenta no sólo los resultados de una acción, sino también los valores en juego y los deberes que se derivan de esos valores. Por esto he acogido con satisfacción la firma en Roma, en 2020, de la Rome Call for AI Ethics [13] y su apoyo a esa forma de moderación ética de los algoritmos y de los programas de inteligencia artificial que he llamado “algorética” [14]. En un contexto plural y global, en el que también se muestran las distintas sensibilidades y plurales jerarquías en las escalas de valores, parecería difícil encontrar una única jerarquía de valores. Pero en el análisis ético podemos recurrir ade-

más a otros tipos de instrumentos. Si nos cuesta definir un solo conjunto de valores globales, podemos encontrar principios compartidos con los cuales afrontar y disminuir eventuales dilemas y conflictos de la vida.

Por esta razón ha nacido la Rome Call. En el término “algorética” se condensa una serie de principios que se revelan como una plataforma global y plural capaz de encontrar el apoyo de las culturas, las religiones, las organizaciones internacionales y las grandes empresas protagonistas de este desarrollo.

La política que se necesita

No podemos, por tanto, ocultar el riesgo concreto, porque es inherente a su mecanismo fundamental, de que la inteligencia artificial limite la visión del mundo a realidades que pueden expresarse en números y encerradas en categorías preestablecidas, eliminando la aportación de otras formas de verdad e imponiendo modelos antropológicos, socioeconómicos y culturales uniformes.

El paradigma tecnológico encarnado por la inteligencia artificial corre el riesgo de dar paso a un paradigma mucho más peligroso, que ya he identificado con el nombre de “paradigma tecnocrático” [15]. No podemos permitir que una herramienta tan poderosa e indispensable como la inteligencia artificial refuerce tal paradigma, sino que más bien debemos hacer de la inteligencia artificial un baluarte precisamente contra su expansión.

Y es precisamente aquí donde urge la acción política, como recuerda la encíclica Fratelli tutti. Ciertamente «para muchos la política hoy es una mala palabra, y no se puede ignorar que detrás de este hecho están a menudo los errores, la corrupción, la ineficiencia de algunos políticos.

A esto se añaden las estrategias que buscan debilitarla, reemplazarla

por la economía o dominarla con alguna ideología. Pero, ¿puede funcionar el mundo sin política? ¿Puede haber un camino eficaz hacia la fraternidad universal y la paz social sin una buena política?» [16].

Nuestra respuesta a estas últimas preguntas es: ¡no! ¡La política sirve! Quiero reiterar en esta ocasión que «ante tantas formas mezquinas e inmediatistas de política [...], la grandeza política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo.

Al poder político le cuesta mucho asumir este deber en un proyecto de nación y más aún en un proyecto común para la humanidad presente y futura» [17].

Estimadas señoras, distinguidos señores:

Mi reflexión sobre los efectos de la inteligencia artificial en el futuro de la humanidad nos lleva así a la consideración de la importancia de la “sana política” para mirar con esperanza y confianza nuestro futuro. Como he dicho en otra ocasión, «la sociedad mundial tiene serias fallas estructurales que no se resuelven con parches o soluciones rápidas meramente ocasionales.

Hay cosas que deben ser cambiadas con replanteos de fondo y transformaciones importantes. Sólo una sana política podría liderarlo, convocando a los más diversos sectores y a los saberes más variados.

De esa manera, una economía integrada en un proyecto político, social, cultural y popular que busque el bien común puede “abrir camino a oportunidades diferentes, que no implican detener la creatividad humana y su sueño de progreso, sino orientar esa energía con cauces nuevos” (*Laudato si'*, 191)» [18].

Este es precisamente el caso de la inteligencia artificial. Corresponde a cada uno hacer un buen uso de ella, y corresponde a la política crear las condiciones para que ese buen uso sea posible y fructífero.

Gracias.

Notas

[1] *Mensaje para la 57 Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2024), 1.

[2] Cf. *ibid.*

[3] Cf. *ibid.*, 2.

[4] Esta ambivalencia ya había sido advertida por el Papa san Pablo VI en su Discurso al personal del “Centro de Automación de Análisis Lingüísticos” del Aloisiano de Gallarate (19 junio 1964).

[5] Cf. A. Gehlen, *L'uomo. La sua natura e il suo posto nel mondo*, Milán 1983, 43.

[6] Carta enc. *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común (24 mayo 2015), 102-114.

[7] Cf. *Mensaje para la 57 Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2024), 3.

[8] Las ideas de Marshall McLuhan y John M. Cullin son particularmente relevantes para comprender las consecuencias del uso de la inteligencia artificial.

[9] Cf. *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 febrero 2020).

[10] Cf. *Mensaje para la 57 Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2024), 4.

[11] Cf. *ibid.*, 3 y 7.

[12] Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dignitas infinita sobre la dignidad humana* (2 abril 2024).

[13] Cf. *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 febrero 2020).

[14] Cf. *Discurso a los participantes en el Congreso “Promoting Digital Child Dignity – From Concept to Action”* (14 noviembre 2019); *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 febrero 2020).

[15] Para una exposición más amplia, remito a mi Carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común (24 mayo 2015).

[16] Carta enc. *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (3 octubre 2020), 176.

[17] *Ibid.*, 178.

[18] *Ibid.*, 179.

Llamamiento del Papa en la catequesis en vísperas de la Jornada Mundial promovida por la ONU

Condiciones humanas e integración de los refugiados

“Que el Espíritu Santo, que dio a la Iglesia Esposa las palabras para rezar a su divino Esposo, nos ayude a hacerlas resonar hoy en la Iglesia, y a hacer de este año preparatorio del Jubileo una verdadera sinfonía de oración”. Esta es la invocación con la que el Papa Francisco concluyó su catequesis en la audiencia general de la mañana del miércoles 19 de junio. Continuando con los fieles presentes en la Plaza de San Pedro y los que le seguían a través de los medios de comunicación, el ciclo de reflexiones sobre “El Espíritu y la Esposa. El Espíritu Santo guía al pueblo de Dios hacia Jesús, nuestra esperanza”, el Pontífice se detuvo en el tema “El Espíritu y la Esposa. El Espíritu Santo guía al Pueblo de Dios al encuentro con Jesús, nuestra esperanza. El Espíritu enseña a la Esposa a rezar. Los Salmos, una sinfonía de oración en la Biblia”.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En preparación del próximo Jubileo, les he invitado a dedicar el año 2024 «a una gran “sinfonía” de oración»¹. Con la catequesis de hoy, quisiera recordarles que la Iglesia ya tiene una sinfonía de oración cuyo compositor es el Espíritu Santo, y es el Libro de los Salmos.

Como en toda sinfonía, en ella hay varios “movimientos”, es decir, varios tipos de oración: alabanza, acción de gracias, súplica, lamento, narración, reflexión sapiencial y otros, tanto en forma personal como en forma coral de todo el pueblo. Estos son los cantos que el Espíritu mismo ha puesto en labios de la Esposa, su Iglesia. Todos los libros de la Biblia, como recordé la vez pasada, están inspirados por el Espíritu Santo, pero el Libro de los Salmos también lo está en el sentido de que está lleno de inspiración poética.

Los salmos han ocupado un lugar privilegiado en el Nuevo Testamento. De hecho, ha habido y sigue habiendo ediciones que contienen el Nuevo Testamento y los Salmos juntos. Tengo sobre mi mesa una edición ucraniana, que me envían, de este Nuevo Testamento con

los Salmos; era de un soldado que murió en la guerra. Y él rezaba en el frente con este libro.

No todos los salmos – y no todo de cada salmo – puede ser repetido y hecho propio por los cristianos y menos aún por el ser humano moderno. Reflejan, a veces, una situación histórica y una mentalidad religiosa que ya no son las nuestras. Esto no significa que no sean inspirados, sino que en ciertos aspectos están ligados a una época y a una etapa provisional de la revelación, como ocurre también con gran parte de la legislación antigua.

Lo que más recomienda los salmos a nuestra acogida es que fueron la oración de Jesús, de María, de los Apóstoles y de todas las generaciones cristianas que nos precedieron. Cuando los recitamos, Dios los escucha con esa gran “orquestración” que es la comunión de los santos. Jesús, según la Carta a los Hebreos, entra en el mundo con un versículo de un salmo en el corazón: “He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad” (cf. *Hb* 10,7; *Sal* 40,9); y deja el mundo, según el Evangelio de Lucas, con otro verso en los labios: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (*Lc* 23,46; cf. *Sal* 31,6).

El uso de los salmos en el Nuevo Testamento es seguido por el de los Padres y de toda la Iglesia, que hace de ellos un elemento fijo en la celebración de la Misa y la Liturgia de las Horas. «Toda la Sagrada Escritura divina exhala la bondad de Dios– escribe San Ambrosio –, pero sobre todo lo hace el dulce libro de los salmos»². El dulce libro de los salmos. Me pregunto: ¿rezan a veces con salmos? Tomen la Biblia o el Nuevo Testamento y recen un salmo. Por ejemplo, cuando están un poco tristes porque han pecado, ¿rezan el salmo 51? Hay muchos salmos que nos ayudan a seguir adelante. Tomen la costumbre de rezar los salmos. Les aseguro que al final serán felices.

Pero no podemos únicamente vivir del legado del pasado: es necesario que hagamos de los salmos nuestra oración. Se ha escrito que, en cierto sentido, debemos convertirnos nosotros mismos en ‘autores’ de los salmos, haciéndolos nuestros y rezando con ellos³. Si hay algunos salmos, o simplemente versículos, que hablan a nuestro corazón, es bueno repetirlos y rezarlos durante el día. Los salmos son oraciones “para todas las estaciones”: no hay estado de

ánimo o necesidad que no encuentre en ellos las mejores palabras para convertirlos en oración. A diferencia de todas las demás oraciones, los salmos no pierden su eficacia a fuerza de repetirlos; al contrario, la aumentan. ¿Por qué? Porque están inspirados por Dios y “espiran” Dios, cada vez que se leen con fe. Si nos sentimos oprimidos por el remordimiento y la culpa, porque somos pecadores, podemos repetir con David: «Ten piedad de mí, oh Dios, en tu amor; / en tu gran misericordia» (*Sal* 51,3), el salmo 51. Si queremos expresar un fuerte vínculo personal con Dios, decimos: «Oh Dios, tú eres mi Dios, / desde el alba te busco, / mi alma tiene sed de ti, / mi carne te anhela / en una tierra seca, sedienta y sin agua», salmo 63 (*Sal* 63,2). No es por casualidad que la liturgia ha incluido este salmo en las laudes de los domingos y de las solemnidades. Y si nos asaltan el miedo y la angustia, esas maravillosas palabras del salmo 23 vienen en nuestro socorro: «El Señor es mi pastor [...]. Aunque pase por valle tenebroso, / no temo ningún mal» (*Sal* 23,1.4). Los salmos nos permiten no empobrecer nuestra oración reduciéndola sólo a peticiones, a un continuo “dame, danos...”. Aprendemos del Padre Nuestro, que antes de pedir “el pan de cada día” dice: “Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad”. Los salmos nos ayudan a abrirnos a una oración menos egocéntrica: una oración de alabanza, de bendición, de acción de gracias; y también nos ayudan a convertirnos en la voz de toda la creación, haciéndola participe de nuestra alabanza. Hermanos y hermanas, que el Espíritu Santo, que dio a la Iglesia Esposa las palabras para rezar a su divino Esposo, nos ayude a hacerlas resonar hoy en la Iglesia y a hacer de este año preparatorio del Jubileo una verdadera sinfonía de oración. ¡Gracias!

¹ Carta a S.E. Mons. Fisichella para el Ju-

bileo 2025 (11 de febrero de 2022).

² Comentarios sobre los Salmos I, 4, 7: CSEL 64,4-7.

³ Giovanni Cassiano, *Conlationes*, X,II: Sch 54, 92-93.

“Los Estados deben esforzarse por garantizar condiciones humanas a los refugiados y facilitar los procesos de integración”. Lo ha vuelto a pedir el Papa Francisco en la audiencia general celebrada en la Plaza de San Pedro. El Pontífice ha lanzado su sentido llamamiento en la víspera de la Jornada Mundial del Refugiado, promovida por las Naciones Unidas, con el deseo de que “sea una oportunidad para dirigir una mirada atenta y fraternal a todos aquellos que se ven obligados a huir de sus hogares en busca de paz y seguridad”.

A este respecto, el Obispo de Roma reitera que “todos estamos llamados a acoger, promover, acompañar e integrar a quienes llaman a nuestras puertas. Y el pensamiento no puede dejar de ir al drama de los millones de mujeres y hombres que arriesgan su vida en los llamados viajes de la esperanza, muchos de los cuales terminan en tragedia. El último ha sido el naufragio frente a las costas de Calabria, con más de sesenta personas desaparecidas, cerca de la mitad de ellas niños. Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Veo que hay argentinos aquí, los saludo. Pidámosle al Espíritu Santo que nos enseñe a orar con los salmos, que son una bella sinfonía de oración. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias. Mañana se celebra el Día Mundial del Refugiado, promovido por las Naciones Unidas. Que sea una oportunidad para dirigir una mirada atenta y fraternal a todos aquellos que están obligados a huir de sus hogares en busca de paz y de seguridad. Todos estamos llamados a acoger, promover, acompañar e integrar a quienes llaman a nuestras puertas. Rezo para que los Estados trabajen para garantizar condiciones humanas a los refugiados, y a facilitar los procesos de integración.